

Por una Granada limpia

TIRAR al suelo papeles, colillas de cigarros, envoltorios, basuras, escupir, no respetar en definitiva las más elementales normas de limpieza y convivencia ciudadana, es algo tan desdichadamente habitual en nuestras ciudades que ha llegado a convertirse en casi «norma» de conducta ciudadana. Es ya una rutina, algo cotidiano... De forma que se nos antoja la suciedad ciudadana como el más notorio reflejo de normas de comportamiento cívico, de autocontrol comunitario. Normas infravaloradas en los últimos tiempos, tenidas poco menos que como una cursilería propia de meliflucos nostálgicos o burguesitos al uso, pero cuyo efecto sumatorio ha consistido en crear y mantener un estado de desconexión individuo-comunidad, ciertamente generalizado.

Y es así que árboles maltratados, farolas rotas, jardines pisoteados, basura desparramada y otras exquisiteces del estilo, forman parte habitual del entorno ciudadano. No obstante ¿qué se ha hecho para que esto no sea así? Quiero decir: al margen de los múltiples voluntarismos loables. ¿Qué medidas científicamente programadas, educativas en su naturaleza y sociopolíticas en su aplicación, se han dispuesto para evitar tal estado de cosas? Los presupuestos municipales de nuestras ciudades destinan una buena parte de sus fondos a limpieza. Es dinero que no sobra (tampoco falta), pero que por sí solo no basta; a la vista está. La razón es sencilla: en la mayoría de los casos los esfuerzos se han destinado a implantar una serie más o menos sofisticada de controles externos de la suciedad pública (medios humanos y materiales, multas, llamadas a la responsabilidad, etcétera). Mientras, casi ningún esfuerzo ha

sido destinado a crear en los ciudadanos el necesario y eficaz autocontrol. Esta aproximación al problema no se considera «rentable» a corto plazo y, de nuevo, nos encontramos con la vieja disyuntiva: curar o prevenir, esto es, hemos de curar sólo o de prevenir también.

CIERTO es que los medios técnicos son inexcusablemente necesarios y que, en lo posible, deben ser modernizados y su eficacia maximizada. Pero no menos cierto es que con ello no basta, que de poco sirve lavar una y otra vez la fachada de un edificio cuyos inquilinos no lo respetan, sino que siguen ensuciando y volviendo a ensuciar. Sería, es, el cuento de nunca acabar. Se ha de pintar el interior de ese «edificio», sanear su humedad y, sobre todo, reforzar y consolidar sus cimientos físicos y humanos. Esto es, se ha de educar a sus inquilinos trabajando sobre sus bases, de modo que no ensucien de nuevo lo limpiado, que respeten y conserven las mejoras realizadas. Y en esta tarea central (democrática y comunitaria donde la haya), niños y adultos deben ser implicados. Los unos como ciudadanos del futuro que deben aprender a apreciar lo que significa una ciudad limpia, los otros porque suya es la responsabilidad actual en cuanto modelos de los primeros.

LA clave del éxito está en la inversión social que seamos capaces de realizar para conseguir ciudades menos sucias en primera instancia, y cada día más limpias como prolongación consecuente. Lo más importante y difícil puede que resulte romper la inercia secular que representa toda una vida de abandono y hábitos instaurados, cuyo efecto his-

tórico es la triste realidad de que los ciudadanos desconozcamos cómo sería nuestra ciudad limpia: desde que nacimos lo hemos visto igual, más o menos sucia. ¿Qué pautas de comportamiento cabe esperar, pues? ¿Conocen los ciudadanos otra forma de comportarse, firmemente consolidada? ¿Aprendieron a amar y respetar la ciudad donde habitan? ¿Vieron acaso a sus mayores hacerlo, ser limpios respetuosos, con su ciudad y su entorno? Sinceramente creo que no. Salvando las honrosas y afortunadas excepciones de rigor, no crecimos, ni nuestros hijos están creciendo en un ambiente de limpieza pública. Los modelos que vimos y están viendo son muy otros. Ni aprendimos, ni estamos enseñando a convivir con nuestra ciudad.

NUESTRA ventaja reside en que seamos capaces de tener visión de futuro, y de ponerla en práctica. Los hechos anteriores proporcionan la perspectiva necesaria para una planificación adecuada del principio del cambio deseado, del inicio de la convivencia ciudadano-ciudad en perfecta simbiosis ecológica dos entidades que mutuamente se necesitan en forma vital.

VER lo público como propio, ser civilizado y limpio con nuestra ciudad, es algo que fundamentalmente se aprende. Pero, cierto es,

PASA A LA PAGINA SIGUIENTE

Jesús
GIL ROALES NIETO

(Profesor de Psicopatología de la Universidad de Granada)

POR UNA GRANADA LIMPIA

VIENE DE LA PAGINA ANTERIOR

se trata de un largo y difícil aprendizaje, de un prolongado moldeamiento y en este país necesitamos el éxito inmediato, no podemos esperar demasiado tiempo la cosecha y acabamos improvisando siempre. Si continuamos dejando al azar dichos aprendizajes, no podremos quejarnos después si el resultado no es precisamente el esperado, no es benéfico para la comunidad.

LA situación parece clara. A pesar de los improbos esfuerzos realizados durante años y años, los ciudadanos siguen ensuciando su ciudad, sin cumplir las mínimas normativas sobre limpieza emanadas de sus Ayuntamientos. ¿No hay solución posible? ¿Hemos de seguir siendo marcadamente pesimistas ante tan grave pronóstico, sin esperanzas de lograr la limpieza definitiva de nuestras ciudades? La tarea es dura pero no imposible. Podemos atisbar ciertas esperanzas de solución. Programas comunitarios como el iniciado en nuestra propia ciudad marcan la pauta a seguir, y abren perspectivas hasta hoy insospechadas en materia de limpieza pública. Hemos sido pioneros, cabe decirlo con sano orgullo, y no existen por tanto demasiados pronósticos apriorísticos. Pero lo realizado hasta hoy nos permite ser optimistas y poder afirmar, objetivamente convencidos, que la me-

yor forma de acabar con la suciedad en nuestras ciudades es prevenirla. La Psicología Comunitaria tiene mucho que decir al respecto.

Se trata de conseguir que la sociedad deje de ser ese profundo rasgo in-cultural que actualmente es, y que la convivencia ciudadana, el respeto mutuo hombre-entorno sea algo aprendido primero, consolidado e interiorizado después, de forma que la limpieza de una ciudad dependa en grado máximo del propio autocontrol de cada uno de sus habitantes.

RESULTA así de sencillo, para ser así de difícil. En Granada habíamos comenzado a conseguirlo, varias Asociaciones de Vecinos, innumerables vecinos, más de seiscientos profesores de EGB y más de veinticinco mil niños y niñas lo saben bien. Pero un mal de siglos no se vence en un año. ¡No improvisemos de nuevo! El objetivo final, lograr una ciudad más humana a partir de unos comportamientos más cívicos es un largo camino cuyos primeros tramos recorrimos con ilusión y éxito. Conocemos el resto de ruta a cubrir. ¡Contaremos con el vehículo necesario o habremos de renunciar a ello por falta de la adecuada decisión política?

Jesús
GIL ROALES-NIETO